

# Interioridad

Mar Galcerán

Anna Roig

Josep Otón

## Introducción

El trabajo de la pastoral juvenil tiene en la dimensión interior de la persona su ámbito de trabajo por excelencia. Ese ámbito donde se forjan los pensamientos, ideales, proyectos, deseos, sentimientos, etc., más íntimos que configuran nuestro yo, nuestra identidad. Ese ámbito de profundidad de nuestro ser en el que habita también Dios.

En pleno proceso de búsqueda, construcción y asentamiento de la propia identidad, la interioridad del joven se encuentra en sus momentos más vulnerables, como aquel que anda en terreno movedizo, se desplaza por un mundo interior inestable, en constante ebullición, y no siempre consciente de las preguntas y las dudas que le acechan.

Ayudar a escucharse y a descubrir lo que en nosotros habita será una tarea fundamental para “vivirnos” más libres y más de acuerdo con lo que cada uno está llamado a ser.

Hemos dividido el presente artículo en tres partes diferenciadas. Empezamos recogiendo la voz de los propios jóvenes a partir de algunos testimonios concretos que nos narran, en primera persona, cómo entienden y viven su interioridad. Esto nos permitirá describir brevemente cómo es la interioridad de los jóvenes hoy y qué factores la condicionan.

En una segunda parte abordaremos el marco teórico y conceptual de la dimensión de interioridad y haremos un repaso histórico y bíblico de la misma.

Finalmente ofreceremos algunas pistas pedagógicas para su cultivo y desarrollo en la actualidad.

## Los jóvenes y la interioridad

### *¿Comunicando o incomunicados?*

Caos, duda, desconcierto o incertidumbre van de la mano de la alegría, la fiesta, la amistad, la ilusión, las ganas. Reconoces a un joven por esta polaridad de experiencias. Es mucho más de lo que se percibe y de lo que llega a expresar. Si le llamas, nunca sabes si estará libre, si comunicará o si simplemente no cogerá el teléfono porque está escuchando música con el MP3. Lluís, un chico de 15 años, reflexiona: “Yo, quizá más que dudas, ¡tengo caos! Yo no tengo mucho tiempo para pensar, y cuando lo tengo, me quedo dormido. ¡Si no tengo tiempo!”.

### *Jóvenes comunicando*

Lluís y Mònica son dos jóvenes de Barcelona que tienen 15 y 16 años, respectivamente. Los dos ya se han confirmado, estudian bachillerato y les va muy bien. Se reúnen periódicamente con su grupo de fe. No pueden asistir a todas las reuniones: cuando no hay exámenes, tienen partido de fútbol o ensayo de música. Éstos son dos ejemplos de jóvenes comunicando qué entienden por mundo interior y cómo es el suyo.

#### *Lluís, 15 años*

“En esta vida tiene que haber una finalidad, una meta, y un compromiso para conseguirla. En el mundo interior de cada uno

es donde se desarrolla esta meta. Siendo sincero, quiero hablar de mi vida, es decir, de mi mundo interior.

Mi mundo interior es ese lugar donde a veces tengo que ir para estar tranquilo y calmado durante un rato.

Mi mundo interior forma parte de mí.

Mientras escribo esto, que es la respuesta a una pregunta que me he hecho varias veces, estoy explicando qué es y cómo es esta parte de mí.

En estos momentos, lo que ronda por mi mundo es paz y tranquilidad, pero también hay preocupaciones y dudas, muchas dudas. Pero esto no significa que me sienta mal, sino que tengo ganas de resolver mis dudas”.

#### *Mònica, 16 años*

“El mundo interior, para mí, es lo que tú sientes, cómo eres y las experiencias que vives. Hay gente que no tiene mundo interior, ya que ni siente ni sufre. La gente que tiene mundo interior es la gente entregada a la vida, esa a la que le gusta ser como es. Cada uno tiene un mundo interior indescriptible e imaginativo, y nadie entrará si tú no quieres. Así, a veces es bueno abrirse y compartir para aprender cosas nuevas y ponerlas en tu mundo interior. Mientras una persona ayuda y otra estudia estamos enriqueciendo nuestro mundo interior. Así, yo aún no tengo mi mundo interior totalmente desarrollado, ya que todavía soy muy joven”.

Lorena y Óscar se encuentran en otro momento de su proceso formativo y personal. Acaban de finalizar sus estudios universitarios y

los dos están ya metidos en el ámbito profesional. Ambos están comprometidos en distintas ONG y, aunque no se declaran “explícitamente” creyentes, tienen un sentido alto de compromiso con la justicia social y el bienestar de la humanidad.

*Lorena 23 años*

“La interioridad es ese ‘espacio’ dentro de mi cuerpo y mi mente que me configura como persona, que me ayuda a conocerme mejor y me hace actuar de una determinada manera con mi entorno. Es lo íntimo.

Mi mundo interior pienso que es rico. Sin mi mundo interior todo tendría una respuesta científica. Mi mundo interior es la relación que tengo no sólo con las cosas presentes, sino un espacio de autorreflexión y de conocimiento profundo de mi yo”.

*Óscar, 22 años*

“Vivo la inmediatez y corro tanto en el día a día que casi no tengo tiempo para pensar ni para reflexionar sobre mi vida. Por otro lado, pensar sobre mi interior me da miedo. Me da miedo pararme a pensar qué es lo que realmente quiero, porque el hecho de no poder llegar a cumplir esas expectativas podría suponer una frustración. (...)

La vida en estos momentos me resulta tan intensa que no quiero ni pararme a pensar. Me horroriza la idea de que un día todo esto se acabe. (...)

Hay que vivir el momento, porque si te aferras a cosas fijas tienes el inconveniente de perderte muchas cosas interesantes por el camino”.

*Elementos que condicionan  
la vivencia de la interioridad*

Las expresiones de estos jóvenes nos conducen a la idea de interioridad como la capacidad de profundizar en aquello que vivimos. El lugar de las reflexiones, pensamientos, sentimientos, dudas, miedos, personales e íntimos. Esta dimensión de profundidad no nos viene dada con la mera vivencia; se necesitan unas condiciones que favorezcan esta profundización, a la vez que ésta se ve condicionada por distintos elementos:

*La aceleración y las prisas.* La percepción de que no tenemos tiempo es cada vez más una experiencia que agota, que nos agota. Esta sensación hace que todo lo que vivimos lo vivamos deprisa, sin tiempo previo para prepararnos, ni tiempo posterior para reflexionar sobre esa experiencia. De esta manera, se produce una acumulación, incluso una saturación, de vivencias, y pocas consiguen ser incorporadas como experiencias de sentido.

*Todo tiene fecha de caducidad.* Las ofertas de todo tipo son tan amplias, hay tanta posibilidad, que casi la única manera de decidir u optar es convencerse de que todo tiene fecha de caducidad. De esta manera, la experiencia no se vive como limitación, sino como posibilidad. Todo es así hasta nuevo aviso. No existe la estabilidad, y aferrarse a ella, como expresa uno de los jóvenes, no te permite descubrir nuevas experiencias.

*Dificultad de contemplación.* Esta acumulación de experiencias y la falta de tiempo dificultan “parar”: pararse a vivir en profundidad este preciso instante, contemplarlo, quedarse, estar. El silencio ayuda a profundizar porque damos espacio para llenar de palabras, sentimientos y sensaciones nuestro interior. Esta dificultad para entrar en profundidad en la realidad que se vive y desgranarla dificulta el poner nombre a las cosas. Lluís Duch habla de “desapalabrar” (*desemparaulament*), el efecto que, según, él pro-

voca la televisión: “Este problema (...) impide que las personas dispongan de palabras para formular las grandes preguntas de la existencia humana y experimentar sus consecuencias”.

*La autoconstrucción del yo parte casi de la nada.* De nada sólido. La familia y la escuela, tradicionales estructuras de sentido en terminología de Lluís Duch, están en proceso de crisis, de cambio, de esa legitimidad de por sí adquirida u otorgada.

Hoy en día los jóvenes, y la sociedad en general, parecen querer romper con todo lo “antiguo”, con toda tradición histórica, cultural, religiosa... que hasta no hace demasiado habían ido influyendo y guiando las acciones presentes y futuras. Hoy, los jóvenes, como dice Francesc Romeu, especialmente optan por vivir la instantaneidad en todo y por hacer “un *reset*” total en su recorrido vital.

La construcción de la biografía del joven de la posmodernidad se produce, pues, desde un “vacío” de referentes culturales, históricos, religiosos..., desde la inmediatez del aquí y ahora que se debe proyectar para construirse e inventarse de nuevo.

Todo esto conlleva una necesidad aún más creciente de carteles de dirección. Hay sed de preguntas (¡necesitamos Sócrates que les desvelen preguntas!) y sed de respuestas (¡necesitamos personas que vivan coherentemente las respuestas que han encontrado a esas preguntas!). A partir de aquí, mediante la observación y la experiencia, cada uno irá encontrando respuestas, primero provisionales y, poco a poco, definitivas. Sin olvidar que las mismas preguntas esenciales se irán repitiendo a lo largo de la vida y que habrá que dar una respuesta renovada cada vez que nos asalten de nuevo esas preguntas en forma de garfio.

Es por ello por lo que el nivel de sufrimiento de los jóvenes de hoy es alto. Decía Lluís: “Sufres más si piensas”.

## La interioridad: un marco teórico

### *La interioridad: una definición compleja*

En 1934, una joven profesora de 25 años decidió renunciar a su cátedra de Filosofía en un instituto de secundaria para trabajar en una fábrica. Simone Weil, esta profesora, francesa de origen judío, acababa de viajar a Alemania, donde había investigado sobre el ascenso del nazismo en ese país.

Weil era una persona muy comprometida con el proletariado. Colaboraba en las actividades de los sindicatos y daba cursos a los obreros. Pero su conducta no se limitaba a la acción directa reivindicativa, sino que era también una persona intelectualmente brillante y quería reflexionar sobre los mecanismos de la dominación social.

Los felices años veinte fueron sustituidos por los tristes años treinta, una etapa muy dura para los trabajadores europeos. Después de la Primera Guerra Mundial, Europa sufrió el azote de la crisis económica de 1929. El desempleo era una tragedia terrible para millones de personas.

A pesar de esta situación tan difícil, en la mente de Weil habitaban dos esperanzas. Por una parte, la Revolución rusa abría la posibilidad de un nuevo sistema de organización social que defendiera los derechos de los obreros. Por otra, el proletariado alemán parecía el más preparado para liderar un cambio social internacional.

Pero los acontecimientos históricos no tardaron en desbaratar las expectativas de la joven Weil. Consciente de ello, fue una de las primeras voces que se alzaron para denunciar el régimen soviético porque no ofrecía una estructura liberalizadora, sino nuevos mecanismos de opresión social. En Rusia, el partido había reemplazado a la burguesía como clase dominante, pero las fábricas seguían siendo espacios de opresión

donde los obreros continuaban sufriendo una explotación inhumana.

Por otra parte, la consternación de los trabajadores alemanes no condujo a una nueva revolución, sino todo lo contrario: muchos obreros claudicaron ante las demagógicas promesas que vociferaba un nuevo líder, Adolf Hitler.

Así pues, Simone Weil decidió ir a trabajar a una fábrica para investigar las raíces de la opresión social. Allí convivió con el sufrimiento de la clase obrera. Las jornadas laborales eran agotadoras; el salario, misérrimo; el tiempo de descanso, insuficiente; las relaciones, tensas...

Pero fue precisamente allí, en el trabajo en cadena, donde descubrió uno de los mecanismos de dominación que esclavizaba a los obreros. En la fábrica se les privaba de su identidad. Allí no eran nadie. El sistema había aniquilado su dignidad. Sin una visión subjetiva del mundo, vivían alienados, despersonalizados, deshumanizados. Se convertían en seres anónimos, en una pieza más de los engranajes de las grandes máquinas que aseguraban la producción. Eran materia humana sin prácticamente consciencia. No podían pensar, ni darse cuenta de quiénes eran. Al entrar en el taller se les arrebatava su pasado y su futuro. Sólo contaba el presente, el tiempo frenético del trabajo a destajo, sin espacio para la reflexión, ni tan siquiera para entender qué labor estaban realizando en el proceso de producción.

Para sobrevivir en esas condiciones deplorables habían renunciado a la tarea de pensar por sí mismos. Detenerse a reflexionar sobre lo que hacían o sobre su vida era un esfuerzo demasiado arduo. Sin pensar, se sufría menos. Sin tener conciencia de su explotación era más fácil sobrellevar esas condiciones laborables extremas. Eran máquinas humanas sin conciencia de su propia valía. Les habían arrebatado su interioridad.

No es de extrañar que Simone Weil, después de esta experiencia, diera un giro a su vida y descubriera la interioridad como un ámbito de autoafirmación personal y, en consecuencia, de liberación social. El cristianismo le ayudó a expresar esta intuición.

Cuando nos referimos a la interioridad estamos aludiendo a la capacidad del ser humano para descubrir niveles de profundidad en la existencia. Podemos ser espectadores de la vida y mirarnos a nosotros mismos, a los demás o al mundo en general, quedándonos en la superficie, en las apariencias, conformándonos con las explicaciones simplistas que banalizan la realidad.

Pero el ser humano dispone de la capacidad de adentrarse en lo real, de ahondar en la existencia y descubrir significados cada vez más profundos que afectan de forma decisiva a toda la vida.

La interioridad es el ámbito donde se produce este descubrimiento, que aporta unos fundamentos sólidos que sustentan la existencia. El edificio de nuestro ser individual es más sólido cuanto más profunda es la concepción que tenemos de nosotros mismos, de los demás, de la naturaleza o de la historia.

Así pues, la interioridad en el ser humano sería semejante a las raíces de una planta. No es la parte más vistosa, como podrían ser las flores, las ramas o los frutos, sino que permanece oculta. A pesar de ello, su función es esencial: captan del suelo el agua y los nutrientes necesarios para la subsistencia del vegetal y le dan consistencia para que no esté a merced de los vientos y de los avatares a los que se ve sometida en la superficie.

Como esta capacidad de descubrir significados cada vez más profundos de la realidad no se agota, a través de la interioridad descubrimos un fondo sin fondo. Podemos sumergirnos en el abismo sin alcanzar nunca su límite definitivo.

Siempre hay más. Es un pozo inagotable que mana nuevos significados que enriquecen la vida con sentidos cada vez más plenos.

De este modo, la interioridad es una puerta abierta a la trascendencia, porque desde ella podemos hacer una relectura (*relegere*) de nuestra historia e intuir un sentido sagrado. La interioridad nos sitúa ante al Misterio.

En este sentido, un místico es un individuo dotado de una sensibilidad especial para captar matices de la realidad que indican la dirección de un horizonte que trasciende la dimensión puramente empírica. Así pues, los místicos son los maestros del mundo interior que aprovechan la fuerza que les brinda la interioridad humana para construir un mundo nuevo y completar así la creación.

Con ellos, en el fondo más profundo de nosotros mismos descubrimos una centella procedente de una zarza que arde sin consumirse; atisbamos una Luz que, como un faro en la noche, nos anima a seguir nuestra ruta y a adentrarnos en el Misterio. En los demás seres humanos encontramos la imagen viva que hace presente al Dios vivo. En la creación hallamos la huella del Creador. En nuestros abismos insondables reconocemos a Otro que nos acompaña sin alterar nuestro itinerario.

### *La interioridad: un concepto bíblico*

Aunque la palabra “interioridad” no aparezca explícitamente en la Biblia, se trata de un concepto fundamental en las Escrituras. En el mundo bíblico, el término “interioridad” corresponde a la palabra “corazón”. En los parámetros culturales contemporáneos, el corazón es la fuente de los sentimientos, de las emociones y de las pasiones. Tanto es así que nuestra manera de entender el ser humano establece una dicotomía entre mente y

corazón, racionalidad y emotividad, lo cognitivo y lo afectivo, que pasan a ser dos dimensiones diferentes de la persona que, si bien son complementarias, a menudo resultan antagónicas.

Para los hebreos, el corazón no es sólo un órgano del cuerpo humano, sino la sede de los sentimientos y las emociones, aunque también de la inteligencia y la voluntad, de los proyectos y las decisiones, del pensamiento y la reflexión. Así, María guardaba y meditaba lo que le sucedía en su corazón (Lc 2,19), y el Espíritu abría el corazón de los discípulos para entender las Escrituras (Lc 24,45).

Desde el punto de vista bíblico, el ser humano es una realidad bidimensional. Por una parte, encontramos su apariencia externa, todo lo que percibimos de forma inmediata a través de los sentidos. Por otra, está el corazón, que corresponde a la interioridad, lo profundo, lo escondido, el yo interior, el centro de la persona. El mundo interior es donde se encuentra la autenticidad del ser humano. Todo lo externo sólo es importante si se corresponde con la realidad profunda, es decir, si expresa o traduce lo que realmente hay en el interior. Así pues, para la antropología bíblica la dicotomía no se da entre la mente y el corazón, como en nuestra cultura, sino entre el hombre interior y el hombre exterior.

Esta concepción del ser humano tiene consecuencias teológicas. Así, tanto los profetas como Jesús de Nazaret reivindican la religión del corazón frente al culto externo y formalista. Por boca del profeta Isaías, el Señor se lamenta: “Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí” (Is 29,13).

Por este motivo, la renovación espiritual pasa por una experiencia de transformación del corazón. El profeta Oseas afirma: “La llevaré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2,16). Jeremías anuncia: “Pondré mi ley en su interior,

la escribiré en sus corazones” (Jr 31,33). Y el profeta Ezequiel proclama: “Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Ez 36,26).

No se trata, por tanto, del dualismo entre contemplación y acción, entre espiritualidad y compromiso social, sino que la religión del corazón apela a la autenticidad frente a la hipocresía del ritualismo y del moralismo. En este sentido, Jesús aconseja no ser como los hipócritas, que hacen ostentación de sus actos religiosos. En cambio, él propone huir de las miradas indiscretas, retirarse a un lugar escondido, porque el Padre está allí, habita en lo secreto (Mt 6,5-6).

### *La interioridad: el fundamento de la espiritualidad cristiana*

El trabajo de la interioridad era un valor indiscutible en la antigüedad clásica. Recordemos la máxima del oráculo griego: “Conócete a ti mismo”, o estas sabias palabras de Marco Aurelio: “Reconoce tu interior: dentro de ti está la fuente del bien, que puede manar sin interrupción si profundizas siempre en ella”.

El cristianismo se gestó en este contexto cultural, y la interioridad pasó a ser un elemento clave en esta nueva espiritualidad. Sin lugar a dudas, el gran maestro de la dimensión interior es san Agustín. Para él, la fuente de conocimiento reside en el interior humano: “Entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad”.

El obispo de Hipona, a partir de su experiencia personal, se refiere a Dios en estos términos: “Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío”. Para Agustín de Hipona, el interior humano está habitado por Cristo, que es el Maestro interior: “Aunque puedas aprender algo saluda-

blemente por mi ministerio, te enseñará Aquel que es el Maestro interior del hombre interior, pues él en tu corazón te hace ver que es verdad lo que se te dice”. Así pues, el conocimiento de Dios se alcanza a través de la experiencia de la propia interioridad: “Volveos a vuestro interior y, si sois fieles, allí encontraréis a Cristo. Él es quien os habla allí. Yo grito, pero él enseña con su silencio más que yo hablando. Yo hablo mediante el sonido de mi palabra; él habla interiormente infundiendo pensamientos de temor”.

Esta certeza de ser inhabitados por Dios recorre toda la espiritualidad cristiana a lo largo de los siglos y florece con una fuerza especial en el Siglo de Oro de la mística española. Así, san Ignacio de Loyola nos advierte que “no el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y el gustar interiormente de las cosas de Dios”. Santa Teresa de Ávila compara la interioridad con un castillo interior con muchas moradas, en la principal de las cuales habita el propio Dios. San Juan de la Cruz alude a una “bodega interior” para referirse a este ámbito de la interioridad donde se produce la experiencia de intimidad con Dios.

Posteriormente, en el siglo XIX, Edith Stein, ferviente seguidora de las enseñanzas de santa Teresa de Ávila, describirá ese ámbito de intimidad como el lugar de máxima experimentación de la libertad humana donde uno puede llegar a percibir un “yo” que nos viene dado y nos lleva a realizar actos inimaginables:

“Existe un estado de reposo en Dios, de total suspensión de todas las actividades de la mente, en el cual ya no se pueden hacer planes, ni tomar decisiones, ni hacer nada, pero en el cual, entregado el propio porvenir a la voluntad divina, uno se abandona al propio destino. Yo he experimentado un poco este estado como consecuencia de una experiencia que, sobrepasando mis fuerzas, consumió totalmente mis energías espirituales y me quitó cualquier posibilidad de acción. Comparado con la suspensión de actividad propia de la falta de vigor vital, el reposo en Dios es algo

completamente nuevo e irreductible. Antes era el silencio de la muerte. En su lugar se experimenta un sentimiento de íntima seguridad, de liberación de todo lo que es preocupación, obligación, responsabilidad en lo que se refiere a la acción. Y mientras me abandono a este sentimiento, poco a poco una vida nueva empieza a colmarme y, sin tensión alguna de mi voluntad, a invitarme a nuevas realizaciones. Este flujo vital parece brotar de una actividad y una fuerza que no son las mías y que, sin ejercer sobre ellas violencia alguna, se hacen activas en mí. El único presupuesto necesario para un renacimiento espiritual de esta índole parece ser esa capacidad pasiva de recepción que se encuentra en el fondo de la estructura de la persona”<sup>1</sup>.

### *La interioridad, un valor en el mundo contemporáneo*

Durante el siglo XX se ha producido una revalorización de la interioridad. Muchos autores, personalistas y existencialistas, han redescubierto la dimensión interior del ser humano como reacción a los estragos producidos por las ideologías que defendían un colectivo totalizador que destruía la dimensión personal del individuo. Durante unos años sumamente trágicos, la clase social, la nación, la raza o el partido se convirtieron en un absoluto, y millones de individuos fueron sacrificados en nombre de estos dioses profanos.

Ante esta tragedia, muchos pensadores reivindican la dimensión interior del ser humano. Así, Emmanuel Mounier, para resolver el conflicto entre individuo y colectivo, afirma que “una comunidad es una persona nueva que une a las personas por el corazón. No es una multitud. No se les une más que por sus vidas interiores, que van desde ellas mismas a la comunidad”. En la misma línea, María Zambrano considera que “pensar es

---

<sup>1</sup> Stein, *Escritos esenciales*, Sal Terrae, Santander 2003, p. 83-84

barrer la casa por dentro; si no, no es pensar. Es la empatía del corazón, y sólo a partir de aquí es posible el entendimiento con los otros”.

Algunos autores explicitan el íntimo vínculo que une la interioridad con la trascendencia. Éste es el testimonio de Pierre Teilhard de Chardin:

“Penetremos en lo más secreto de nosotros mismos. Circundemos nuestro ser. Busquemos, afanosamente, el océano de fuerzas que padecemos y en las que nuestro crecimiento se halla como inmerso. Es un ejercicio saludable: la profundidad y la universalidad de nuestras relaciones formarán la intimidad envolvente de nuestra comunión. Así pues, acaso por primera vez en mi vida (¡yo, que se supone medito todos los días!), tomé una lámpara y, abandonando la zona, en apariencia clara, de mis ocupaciones y de mis relaciones cotidianas, bajé a lo más íntimo de mí mismo, al abismo profundo de donde percibo, confusamente, que emana mi poder de acción. Ahora bien, a medida que me alejaba de las evidencias convencionales que iluminan superficialmente la vida social, me di cuenta de que me escapaba de mí mismo. A cada peldaño que descendía, se descubría en mí otro personaje, al que no podía denominar exactamente y que ya no me obedecía. Y cuando hube de detener mi exploración, porque me faltaba suelo bajo los pies, me hallé sobre un abismo sin fondo del que surgía, viniendo no sé de dónde, el chorro que me atrevo a llamar mi vida”<sup>2</sup>.

Por su parte, Thomas Merton afirma en el mismo sentido:

“No hay modo de convencer a la gente que anda por ahí resplandeciendo como el sol... En el centro de nuestro ser hay un punto de nada que no está tocado por el pecado ni por la ilusión, un punto de pura verdad, un punto o chispa que pertenece enteramente a Dios, que nunca está a nuestra disposición, desde el cual Dios dispone de nuestras vidas, y que es inaccesible a las fantasías de nuestra mente y a las brutalidades de nuestra voluntad. Ese puntito de nada y de absoluta pobre-

---

<sup>2</sup> Teilhard de Chardin, *El medio divino*, Alianza, Barcelona 2000, p. 48.

za es la pura gloria de Dios en nosotros. Es, por así decirlo, su nombre escrito en nosotros, como nuestra pobreza, como nuestra indigencia, como nuestra dependencia, como nuestra filialidad. Es como un diamante puro, fulgurando con la invisible luz del cielo. Está en todos, y si pudiéramos verla veríamos esos miles de millones de puntos de luz reuniéndose en el aspecto y fulgor de un sol que desvanecería por completo toda la tiniebla y la crueldad de la vida... No tengo programa para esa visión. Se da, solamente. Pero la puerta del cielo está en todas partes”<sup>3</sup>.

### *La interioridad: peligros y oportunidades*

En pleno siglo XXI, ante la crisis de las grandes ideologías que han sustentado el pensamiento europeo moderno, se ha reavivado el interés por la interioridad. Cursos de crecimiento personal, libros de autoayuda, terapias alternativas, la inteligencia emocional y la popularización de algunas técnicas de meditación son una buena muestra de este sincero interés por la dimensión interior del ser humano.

Podemos acoger con optimismo esta recuperación del gusto por la vida interior, ya que la sociedad occidental había olvidado este aspecto tan fundamental de la condición humana. Ahora bien, aunque sea una oportunidad magnífica para madurar en el conocimiento de la interioridad, hay que ser extremadamente prudentes, porque este retorno de la espiritualidad no está exento de peligros.

Vivimos inmersos en una antropología que presenta una interioridad sesgada. Se trata de una interioridad reducida a los componentes psicobiológicos que prescinde de la dimensión trascendente del ser humano. Se ha popularizado un mundo interior cerrado –con frecuencia,

---

<sup>3</sup> Th. Merton, *Conjeturas de un espectador culpable*, Pomaire, Barcelona 1966.

narcisista— que fomenta el ensimismamiento y consolida el modelo individualista sobre el que se apoya el sistema económico postindustrial, basado en la exaltación egoísta del afán de beneficios y en el consumismo incontrolado.

A menudo, esta interioridad desencarnada y poco comprometida con los demás es fruto de la mercantilización de la espiritualidad. Cultivar la dimensión interior se ha convertido en un terreno abonado para hacer grandes negocios. Desde la experiencia cristiana hay que denunciar esta manipulación de una interioridad secuestrada por entidades demasiado preocupadas por sus dividendos económicos.

Frente a esta situación hay que reivindicar una interioridad fundamentada en la justicia. Uno de los ejes básicos en los que se sustenta la interioridad cristiana es el compromiso ético; sin él, no hay auténtica interioridad, sino un simple autocentramiento, un peligroso repliegue sobre uno mismo.

En nuestro mundo, el entretenimiento ha sustituido al reposo; la precipitación impide tomar decisiones serenas y meditadas. Los grandes retos actuales, el ritmo de vida frenético y la falta de espacio para la reflexión reclaman el diseño de una cultura de la interioridad. Es urgente reconstruir una interioridad madura, abierta a los otros y al Otro. Es necesario cultivar la dimensión interior del ser humano para impedir su despersonalización y la degradación de la sociedad y de la naturaleza. En una sociedad en la que el desarrollo tecnológico ha alcanzado niveles impensables, resulta imprescindible desarrollar, de forma proporcional, la interioridad humana a fin de evitar convertirnos en simples piezas de un entramado frío y artificial. Si olvidamos nuestros adentros, fácilmente se nos arrebatará la capacidad de reaccionar frente a lo que nos sucede, como les ocurría a muchos compañeros de Simone Weil en la fábrica.